

dado del dolor ajeno, es la mayor ventura que puede tener un político. Con su capita modesta, sin atreverse a usar un gabán; con su capita pobre, este hombre representa una fuerza poderosa en la política española. No ha desempeñado ningún cargo oficial; no tiene que ver nada con el Estado. Otros hombres de muchedumbres, como don Francisco Pi y Margall, han pasado por las esferas oficiales. De su paso por esas regiones siempre conservan como un matiz imborrable. Lo oficial, sin que se quiera, aun siendo todo lo legítimos que se quiera, siempre pone en torno de la figura un ambiente que no es el mismo de quien no ha tenido nunca roce con el Estado. A Pablo Iglesias no

podemos imaginárnoslo con un cargo, con una sinecura, con un galardón. Es él solo, sin el ambiente del Estado; es él solo, con su propio ambiente, el que queremos, el que se lleva nuestras miradas cariñosas y nuestra adhesión cordial. Se las lleva, siendo, como ha sido, puro, íntegro, bondadoso. Lo ha sido en su niñez, cuando se rebelaba contra los sufrimientos del odioso establecimiento, y cuando vivía en el cuartito de la casa de vecindad, y cuando puso su mesa en el rincón de la sala fría, y cuando, a impulsos de su íntimo fondo de amargura, se levantaba airado en su escaño del Congreso. Y no

A z o r / n

Nota.—Hágase, lector, de la vida de Pablo Iglesias contada por Juan José Morato. Precio \$ 3.50. Con el Adm. del Rep. Am.

hay más Pablo Iglesias que éste: un Pablo Iglesias que con su capita modesta, con su gesto de tigre, al levantarse en el Congreso, siendo todo corazón, gesto de ira contra la iniquidad; un Pablo Iglesias que no siendo nada, puesto que en la esfera del Estado no era nada, lo es, sin embargo, todo. Contraste tal, es toda la vida de Iglesias y toda su fuerza enorme.

Juan José Morato acaba de publicar una excelente vida de Pablo Iglesias; él mismo autor había publicado antes una interesante historia de la Internacional en nuestro país. Ambos libros son indispensables para quienes deseen conocer el origen y desenvolvimiento del socialismo en España.

El escultor costarricense Juan Mj. Sánchez

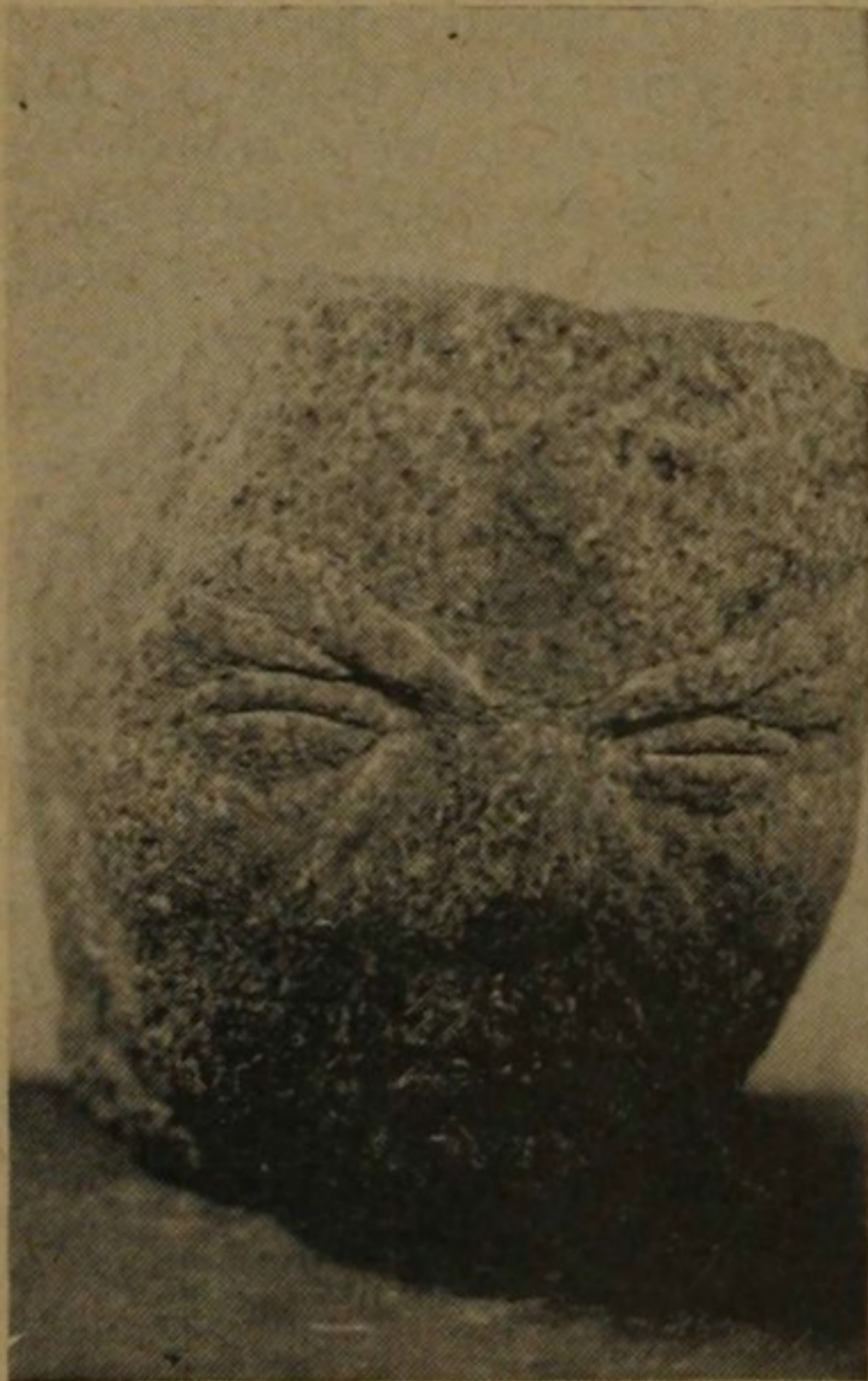
Juan Manuel Sánchez, escultor joven, es de raza indígena en un 80 por ciento, y la sangre le dicta muchas cosas a su arte. Trabaja en las afueras de la ciudad en un

ciación arquitectónica que le ha quedado pegada a la buena escultura, cuando ésta se echó a andar sola, y en fin ese siempre misterioso aliento que hace que entre dos obras perfectamente acabadas, una sea artística y otra vulgar.

La *Culebra cascabel* puede confundirse con las cosas precoloniales de mayor pureza. La tradición indígena pasa a través de Sánchez y por esto es que resulta original sin esforzarse por serlo; esto puede llamarse arte que no está enfermo sino sano por la buena sangre autóctona. Mucho se repite la similitud de lo oriental y lo americano, y aquí se confirma sobradamente. Como los japoneses, sabe que un mono puede en el arte valer más que un hombre, y una flor y un pájaro más que el retrato del emperador. Hay que aventar largo esta literatura que meten los malos artesanos en sus obras; un cuadro compuesto con 3 colores no vale menos que uno compuesto con 8. Cezanne hizo ver que las naturalezas muertas tienen tanta humanidad como los retratos, destruyendo la jerarquía de los temas. Claro está que cuando Sánchez con esa fe de niño que tienen los artistas, alinea sus obras a la corriente de todas las miradas, las opiniones se dividen, y los que se dicen más obligados a entender por su experiencia y labor seria y larga, no descubren que tienen ante sus ojos a uno de los primeros escultores de la juventud.

Hay muchas cosas que dicen y escriben los escultores sobre arte y sobre sí mismos, que aclaran el sentido de su trabajo, y la estética que va cayendo de sus obras. Hablando de la belleza, de esta palabra que a veces se utiliza para negar el arte, escribe Sánchez: "Prefiero la que paradójicamente podría llamarse *belleza de la fealdad*, efigies de serse enfermos, viejos y deformes. Desde este punto de vista merecen mi más fervorosa admiración obras de Rodín como —el hombre de la nariz rota— el pensador — la vieja yelmera — etc". Las obras de este sincero admirador de Rodín no tienen el impresionismo que

es le huella del gran escultor—van rectas a un orden más severo. Esta preferencia es más bien por los tipos, y también parece una reacción contra lo bonito que ya nada



Cabeza, esculpida en piedra.

Por Juan Mj. Sánchez.

taller donde se fabrican santos y lucha con la pobreza como con las piedras que labra. Cuenta lo trágico que es estar puliéndole la nariz a una virgen hasta dejarla fina, al gusto del burgues, mientras la cabeza anda creando obras que no se realizan por falta de tiempo y sobra de cansancio. Después del trabajo diario no siempre se resiste el pelear con la piedra, sobre todo él, que como el indígena nuestro, es flaco y ligero aunque tenga las manos firmes.

Trabaja temas sencillos, mano femenina, mano masculina, culebra cascabel, y cabezas en que la piedra se ha ablandado como carne de poro hondo. Aquellas calidades esenciales a la escultura sana se encuentran en estas creaciones. La unidad que nace del ceñirse a las posibilidades honradas del material, el sentido plástico, la construc-



Culebra cascabel, esculpida en piedra.

Por Juan Mj. Sánchez.

dice al espíritu. Me ha contado Sánchez cómo lo hipnotizaron las serpientes exhibidas vivas en la vitrina de un laboratorio, cómo pegando sus ojos a los cristales pudo mirar de muy cerca desenvolverse lentamente la culebra creando en sus curvas el repertorio de la sensualidad. Si hubiera sido músico, decía: "habría compuesto algo que sirviera para una danza". Cuando hemos ido al muese lo he visto detenerse religiosamente a mirar cómo los indios guardaban alma en la piedra y a acariciar con la vista este material rudo suavizado por la paciencia del indígena.—Quiere buscar el medio que más aliento pueda darle, primero irse a Méjico, luego a Europa y después a terminar sus días amurallado entre nuestras montañas, sacándoles belleza y sentido a las cosas que nos pusieron sobre la tierra.

F. Amighetti

San José de Costa Rica, Nov. de 1931.